

EL TEMA DEL TIEMPO.
COINCIDENCIA POETICA DE GONGORA Y RUBEN
DARIO

POR

FRANCISCO SANCHEZ-CASTAÑER

No pretende plantear este comentario, ni una similitud formal entre poemas de ambos colosos de la lírica hispánica, ni tan siquiera posibles igualdades temáticas, fruto, en ciertos casos, de origen o tradición común. Sí, más bien, anotar, subrayar la concurrencia paralela de procedimientos o pensamientos análogos, brotados espontánea y casualmente en personalidades distintas, aunque del mismo oficio. En una palabra, meras «coincidencias»; otro tipo de afirmación, posible siempre, sería demasiado arriesgada y aventurada. Es mucho lo que separa a uno y otro autor, no obstante que algo los una.

Tomaré, como punto de arranque, una de las composiciones más conocidas y manoseadas del vate nicaragüense: «Canción de otoño en primavera». Somos muchos, a los que con frecuencia acude a nuestra memoria su sugeridora y emocionante estrofa inicial, la cual se repetirá hasta cuatro veces, dentro del poema, con un claro sentido de torturante obsesión:

*Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...,
y a veces lloro sin querer (1).*

Pues bien, entre los deliciosos romances del poeta cordobés, el número once de la Colección Millé, comenzará, repitiéndose cada ocho versos, como vueltas de los mismos.

*¡Que se nos va la Pascua, mozas;
que se nos va la Pascua! (2).*

(1) Me valgo para las citas rubendarianas, de la décima edición de *Poesías completas*, de Aguilar, S. A., 1967. Vide p. 657 (poema VI, de *Cantos de vida y esperanza*). Cuando señale versos de los poemas que estudio, en concreto, omito repetir el número de las páginas, indicadas sólo al principio. Otras referencias a poesías distintas llevarán las correspondientes notas.

(2) Cito por, LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE: *Obras completas*, Aguilar, S. A., sexta edición, 1967, p. 59.

Mas antes de comparar en su totalidad ambos poemas, con tan acorde comienzo, conviene que precise algunas afirmaciones sobre ese Rubén, situado, como tantos humanos, ante el temible paso del tiempo, agostador de la que se quisiera eterna primavera de la vida.

Ya Pedro Salinas (mi primer maestro universitario de literatura, en Sevilla) señaló y comentó, con acierto, ese profundo Darío, que a pesar de su indudable fondo erótico y sensualista piensa y clama, al no poder sujetar para siempre —vana quimera— los momentos del goce carnal, una vez que surgió el «encuentro de Chronos y Eros» (3).

También Salinas advirtió la casi unidad, al efecto, de los poemas de Rubén, con títulos semejantes, «Canción de otoño en primavera» y «Poema de otoño»: «Son dos poesías distintas, y, sin embargo, siempre he tendido a mirarlas como una unidad psicológica, a modo de hojas de un díptico que desarrolla el mismo asunto en dos partes, alumbrado por dos luces disímiles, o como si dijéramos a dos diferentes horas del alma. El objeto de preocupación es idéntico... En las dos asistimos al primer acto del drama que se va a representar en ese nuevo mundo del erotismo. Chronos, el dios de lo temporal, le sale al paso a Eros, el prometedor de eterna dicha a sus feligreses, el que se imaginaba que todos los caminos eran suyos.»

"Guióme por varios senderos Eros."

«Y he aquí que cuando el dios conduce a su fiel poeta por uno de ellos, el viejo barbado, emblema de lo que pasa, se alza frente al mozo imberbe, insolente símbolo de lo que nunca querría pasar» (4).

EL PASO DEL TIEMPO EN RUBÉN

Este tema, tan de siempre y tan contemporáneo, estuvo muy a menudo en los versos darianos, fieles a la preferencia generacional, sobre todo en cuanto a involucrar, dentro del mismo, la personalidad pensante del hombre.

Repetidas veces Rubén se vale, para poetizarlo, de imágenes de las estaciones climáticas y temporales, especialmente de la oposición o sucesión: *primavera-otoño*:

*Y en la copa de Otoño un vago vino queda,
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.*

[«Versos de otoño», en *El canto errante* (5).]

(3) PEDRO SALINAS: *La poesía de Rubén Darío*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1948; p. 148. Véase también mi reseña sobre este libro, publicada en la revista de mi dirección, *Mediterráneo*, «Guión de Literatura».

(4) *Op. cit.*, p. 148.

(5) *Poesías completas*, p. 733.

En especial, el *otoño*, con su conocido efecto del caer de las hojas, aunque no suela citar éste, por archisabido y tópico, a veces sí:

*Las hojas amarillas caen en la alameda,
en donde vagan tantas parejas amorosas.*

(«Versos de otoño», en *El canto errante*)

Será, al efecto, lo otoñal su imagen preferida en numerosas composiciones.

Sirvan de ejemplo, valiéndome sólo de sus títulos indicativos, además de las referidas, «Canción de otoño en primavera» y «Poema del otoño» (éste a su vez nombre de un libro aparecido en 1910), y por el orden de aparición: «Autumnal» (de *El año lírico*), «Pensamiento de otoño» (en *Azul...*), «De otoño» y «Soneto autumnal al marqués de Bradomín» (en *Cantos de vida y esperanza*); «Versos de otoño», de *El canto errante*, y, finalmente, de su último período vital y poético (1914-1916), «Canción de otoño a la entrada del invierno».

Son meros índices, sin carácter exhaustivo su recuento, pero bastantes a lo que pretendo.

Me ceñiré para la consideración de un concepto sobre el tiempo en Rubén—*el tiempo en función de amor carnal*—, con la imagen del otoño, a los dos primeros poemas citados, ya que son los más extensos y, por tanto, en los que mejor pudo interpretar su pensamiento el poeta:

a) *Canción de otoño* (6).

Ya el arranque y precisión en esta primera poesía (de las dos analizadas), con el verso «Juventud, divino tesoro», lleva reconocido el lastre de lo temporal. Igualmente lo advirtió Salinas: «Es como un grito, que lleva en sí una valoración: ser joven es poseer la más preciada riqueza. Pero en la afirmación tiembla ya, implícita, la amenaza. Siendo la juventud condición del tiempo, concepto de la órbita de lo temporal, ¿no presiente ya el alma cautelosa que el tesoro que ella trae está también sujeto a la caducidad, puesto que se lo ha de llevar cuando se marche, dejando unas manos vacías? Es decir, basta con cargar el acento valorativo en una palabra: juventud, perteneciente a la categoría de lo temporal, para que el verso quede sombreado en

(6) «Canción de otoño en primavera» aparece entre los *otros poemas*, de uno de sus libros capitales, *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*. Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1905. En *Poesías completas*, pp. 657-659.

su júbilo, por un presentimiento de mortalidad, ya que la juventud es un tiempo de la vida, una forma de la temporalidad de vivirse» (7).

Lógico es, pues, por tanto, utilizar un contrapeso al deseado goce juvenil que no es eterno:

¡ya te vas [o ya te fuiste] para no volver! (8)

sobre todo en su conclusión, doblemente antitética y bien expresiva:

*Cuando quiero llorar, no lloro...,
y a veces lloro sin querer.*

Leve tono elegíaco en la expresión lírica, pero verdadero patetismo de esta estrofa (y poema); que es lástima se nos haya repetido tanto y a veces irresponsablemente, pues se ha disminuido con ello sus verdaderos y grandes valores conceptuales.

Tras esa estrofilla temática, síntesis valorativa de la total composición (como también hizo Góngora en la suya ya citada), viene una exposición enumerativa de la «plural y celeste historia» amoroso rubeniana.

En toda ella, a juzgar por los versos —¿autobiográficos?—, el poeta es víctima, o de la mujer-carne, que juega con él: («la dulce niña con el tímido niño», «la sensitiva que le mató el ensueño», «la pasional royéndole loca el corazón»); o de sus ilusiones eróticas y amorosas nunca conseguidas: («fantasmas de mi corazón», «en vano busqué a la princesa...»).

Qué diferente estampa la de este gran Rubén Darío, en su impotencia, según nos cantan sus versos, auténticas confidencias del autor. Cómo se viene abajo el otro Rubén, al parecer entregado con ciega voluntad a vicios y dominios carnales (9).

Contra esos «fracasos» —por qué no hemos de llamarlos así— el poeta tiene que exclamar, convencido:

*La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!*

(7) SALINAS: *Op. cit.*, p. 149.

(8) Sabido es que de las cinco estrofas, verdadero *leitmotiv* del poema, en la central, emplea la forma verbal más pasada del «ya te fuiste», mientras que en las otras cuatro primeras y últimas dirá «ya te vas». Mucho sugiere dicho cambio, aunque de momento lo silencio.

(9) Con motivo del actual centenario rubendariano preparo un largo estudio sobre la espiritualidad del poeta hispánico de Nicaragua. Entonces precisaré todo mi pensamiento al respecto.

No obstante, su voluntad de sobrevivir, verdadera posición del autor ante la fuerza del *tiempo terco* (base de este poema y del que seguidamente analizo) seguirán en pie, siempre, en busca del imposible triunfo, que le evite llorar, «con querer o sin él»:

*Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...*

(No se nos olvide esta tópica adjetivación, de «cabello gris», expresión de lo otoñal en lo humano, para cuando me refiera al poema gongorino.)

«La canción» termina con una inocente y conmovedora expresión de triunfo hipotético, ante el implacable suceder de las cosas:

¡Mas es mía el Alba de oro!

Pobre poeta en desafío con lo imposible. ¿Intentaba vencerlo por el incontenible deseo hedónico? Salinas afirmará, refiriéndose a ello: «¿Se puede pensar en esa alba, como en un porvenir que se le ofrece al afán sensual? Si el verso es equívoco, es que lo era el estado psicológico del poeta. No ve claro. Se ampara en una imagen brillante, esperanzada, pero indefinida, en la que pueda caber mucho. Y a mi juicio, más que una esperanza en la vuelta de lo que se va, apunta en esas palabras el vislumbre de otro horizonte con otra luz, aún no concertada; es decir, de un mundo ultra-erótico» (10).

De acuerdo con el maestro. Hay un claro contenido espiritual, no hay duda, en ese «equívoco» verso. En mi bucear constante sobre la poesía de Rubén he encontrado varias veces expresión igual o semejante y siempre referida al mundo espiritual, soñado por el hijo de Nicaragua y de la Hispanidad. Lo que corrobora tal interpretación.

Una de las primeras, en la «Introducción» del libro *Epístolas y poemas*, muy al principio de su obra, Managua, 1885:

*En el alba de la vida
todo es luz esplendorosa* (11).

Exultante imagen de un comenzar, rodeado de hechizos y esperanzas, pero con incógnitas y leves zozobras:

(10) SALINAS: *Op. cit.*, p. 154.

(11) *Poesías completas*, p. 323.